

HOMILÍA DEL SEÑOR NUNCIO APOSTÓLICO MONS. PÍO LAGHI EN LA BASÍLICA DE LUJAN

Amados hermanos y hermanas en Cristo:

Reunidos alrededor del altar, bajo la dulce mirada de nuestra querida Madre, la Virgen de Luján, queremos profundizar, siguiendo muy de cerca las pautas que nos indicara el inolvidable Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica “Marialis Cultus”, profundizar, decía, algunos aspectos de la vida de María y de su rol en la historia de la salvación y de nuestra santificación. Pero antes de entrar en este tema, quiero pedirles un acto de adhesión –y sé que es muy sincera– de adhesión con nuestro espíritu y con nuestro corazón a la persona del Papa Juan Pablo II. El nos pide que lo ayudemos: que lo ayudemos no solamente con nuestra total adhesión a él y a su magisterio, sino que lo ayudemos también con nuestra comprensión y con nuestras oraciones. Esta misa, concelebrada aquí, alrededor de este altar, bajo la mirada tan suave y tan dulce de la Virgen Santísima de Lujan, significa también un acto de oración comunitaria para nuestro querido Papa Juan Pablo II Y les pido también una intención especial, o mejor dicho dos intenciones. La primera, por el Colegio Episcopal Argentino. Necesitamos una oración para estos pastores, para que sigan siempre y más unidos en esta colegialidad. En el próximo mes de noviembre, del 13 al 18, habrá una reunión, una Asamblea general de los obispos argentinos. Se reúnen en San Miguel. Tengámoslos presentes. Y luego, otra intención por este país, por la paz.

La Virgen Santísima, además de ser Madre de Dios y Madre nuestra, es el modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, modelo de la vida consagrada, modelo de vida interior, modelo de aquella disposición de espíritu con que la Iglesia, Esposa amadísima del Señor, lo invoca y, por su medio, vive junto al Padre. Según nos enseña Pablo VI, María se nos presenta bajo cuatro atributos, que son otras tantas funciones que ella ejerció en la vida de Cristo y ejercita en la vida de la Iglesia, en la vida de nosotros, individual y comunitaria. Y vamos a ver estos cuatro puntos, estas cuatro funciones que caracterizan la vida de María y que tienen que caracterizar nuestra vida.

María es la Virgen oyente, que acoge con fe la Palabra de Dios, la escucha atentamente, la venera, la conserva cuidadosamente en su corazón, la proclama -sin alterarla, sin añadirle glosas-, la comunica sin reservas a los demás. No es fácil ponerse a la escucha de lo que los hermanos quieren decirnos, y menos que menos de lo que Dios invisible y sin estrépito nos quiere comunicar. No es fácil decir nosotros algo, ya que nos dejamos invadir por tantos ruidos de la calle. Hoy en día, decía tristemente el abad de Claraval, san Bernardo, existen en la Iglesia muchos canales, pero muy pocos depósitos. Si sois sabios, decía san Bemardo, procurad ser más bien depósitos que canales. El canal deja correr el agua que recibe sin guardarse una sola gota, mientras que el depósito primeramente se llena y después, sin vaciarse, vierte el sobrante de agua en los campos que fertiliza. ¿Y cómo puede uno llenarse, llenarse de agua viva? Oyendo, escuchando. Escuchando, sobre todo, la voz del Señor.

María es asimismo la Virgen orante. Así aparece Ella en la visita a su parienta Isabel, donde eleva su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza. Tal es el *Magnificat*, la oración por excelencia de María. Virgen orante en Caná, donde con delicada súplica intercede por una necesidad temporal, por una necesidad no suya sino de otros, de dos recién casados. Y obtiene la gracia. También el último rasgo biográfico de María nos la describe en oración. Los apóstoles permanecían en oración, juntamente con María, la Madre de Jesús. La Virgen orante es la Madre de la Iglesia naciente. Hablar del deber y de la alegría de orar a monjes y a monjas benedictinos parece

superfluo, cuando precisamente el lema de su vida es “Ora et labora”. Pero el problema es ¿cómo orar? y ¿cuándo orar? El modo nos lo enseña María Santísima: con la frecuente elevación de nuestra alma a Dios, en la celebración de la Sagrada Liturgia, en el rezo o canto del santo Breviario, en la meditación y los otros ejercicios de nuestra vida. Y ¿cuándo orar? Hay horas del día y de la noche, hay momentos. Es la oración en comunidad: nunca orar aislados, orar en comunidad y para todos nosotros. No para sí solamente, para todos.

María es también la Virgen oferente. (Yo voy tocando solamente estos puntos, para que queden como temas de meditación para cada uno de nosotros). Hemos dicho: Virgen oyente –y creo que la Regla benedictina empieza exactamente con estas palabras: “Escucha, hijo”–; Virgen orante -*Ora et labora*-. María es también la Virgen oferente. Hay episodios en el Evangelio, donde se ve cómo ella ofrece y se ofrece. Se ofrece al Señor cuando, por medio del Ángel, le pide que llegue a ser Madre del Salvador, y ella responde “He aquí la sierva”. Ofrece al Hijo en el momento de la Presentación en el Templo; lo ofrece después y se ofrece al pie de la Cruz en el Calvario. San Bernardo se dirige a María diciéndole así: “Ofrece a tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece, por la reconciliación de todos nosotros, la víctima santa, agradable a Dios”. Nuestra ofrenda es el trabajo, son los sacrificios, es cumplir la Voluntad de Dios sin jamás contrariarla. Es darle a Dios nuestro corazón intacto, nuestras energías, nuestra alma, todo lo que somos y todo lo que tenemos. Nosotros tenemos que volvernos oferentes, monjes y monjas que ofrecen y que se ofrecen.

María es, en fin, la Virgen Madre, es decir, aquella que por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre sino cubierta con la sombra del Espíritu Santo. ¡Prodigiosa maternidad que se realiza en María, en virtud de su fe, quedando Ella intacta y por obra del Espíritu Santo! ¡Qué horizontes nos abre esta divina y virginal maternidad! Con la fuerza de ese mismo Agente misterioso que es el Espíritu Santo, alma de la Iglesia y principio de toda evangelización, cada uno de nosotros podemos y tenemos que llegar a ser fecundos. Una fecundidad que tiene sus raíces, no en la carne ni en la sangre, sin en la fuerza de Dios y en nuestra fe en Él, que superando las cosas sensibles abarca dimensiones invisibles engendrando hijos para la eternidad. Decía un Abad: “Nuestra familia espiritual la vamos a conocer en el Cielo”. Esto significa ser padres y madres, engendrando hijos para la eternidad, hijos espirituales.

Aquí, a los pies de nuestra Madre, le pedimos que nos enseñe a ser buenos oyentes, piadosos orantes, generosos oferentes, y a ser espiritualmente muy fecundos en la Iglesia de hoy, aquí en América Latina. Así sea.